

angustia existencial ante el tiempo, constante sobrecogedora a todo lo largo de este libro, en poemas como "La Fuente", "Muera", "¿No hay salida?"; los fondos, urgencias y búsquedas del lenguaje, esa metafísica desconcertante de la creación, en ese milagroso texto revelador de la validez humana de la poesía de Paz, que es "El Río"; la problemática social y la imprecación en "El Cántaro Roto", donde al mismo tiempo aparecen la trágica violencia y la soledad del paisaje y la historia mexicanos; y la endurecida, hiriente y al fin triunfante victoria del amor de la pareja humana que copula y se trasciende, sobre la muerte, las guerras y el exterminio, en el último poema "Piedra de Sol", inagotable y tempestuoso, lleno de múltiples símbolos y de una oscura corriente como la vida, cuya sola presencia en este libro basta para comunicarle definitiva jerarquía estética.

Pero el hombre que acepta su destino y su compromiso detrás de estos temas no es un ente puramente abstracto, sino un ser histórico y real, envuelto por la aventura de nuestro tiempo, en batalla obstinada por conquistar su verdad o su absoluto, una criatura terrestre y americana que atraviesa los enigmáticos paisajes de su país natal o las ciudades de otro mundo penetradas por el sombrío paso de las edades, pero cuya vivencia es una y semejante a la grandiosa vivencia universal de todo hombre. Un ser que existe y se reafirma por el símbolo y plenitud del amor, asistido por la gloria y potencia del cuerpo y los sentidos, como los seres que "se desnudaron y amaron —por defender nuestra porción eterna—, nuestra ración de tiempo y paraíso".

LEÓN FELIPE, *El ciervo*. Editorial Grijalbo. México, 1958. 131 pp.

Es fácil descubrir que la fuente de inspiración, el impulso que llevaba a León Felipe hacia el poema en la mayor parte de sus libros anteriores era la indignación, la ira. Sumergido en la realidad más inmediata, el poeta dejaba brotar libremente estos sentimientos y, aprovechando como nadie lo había hecho hasta entonces las posibilidades increpativas del español, elevaba la blasfemia, el grito hasta la poesía, insuflando a ésta todo el vigor de la desesperación de aquélla. Sin embargo, a pesar de esta indignación, o, mejor, por medio de ella, a través de ella, León Felipe parecía animado de un franco impulso teísta. Se quejaba, gritaba, pero ante alguien.

—Pero... ¿dónde está Dios... dónde está Dios?

En el pico de la oración...
Y en el rabo de la blasfemia.

Decía por ejemplo, en el epígrafe de *El poeta maldito*. (Antología Rota.)

Ahora en *El ciervo*, este su último libro de poemas, escrito "al fin de la jornada", para decirlo con sus mismas palabras, León Felipe renuncia a la ira y a la blasfemia, renuncia a la indignación para, viejo, triste, sabio, desolado, pero siempre sincero y generoso, conmovernos, sobrecogernos con un adolorido y terrible mensaje de escepticismo total. Al final del camino, el poeta no sólo desea la muerte, no sólo renuncia a todo, pide la destruc-

ción total, el regreso a la Nada. Ya no grita, interroga:

¿a qué se juega aquí?

.....
¿Para que sirva la fuerza tremenda del amor?

Y no espera respuesta, confía, sabe que ésta será tan sólo el silencio y en él cree, a él se entrega:

Todo es una prisión.
Y la nada también... La nada:
el Infinito encarcelado
en el cero vacío y absoluto...

Va más allá aún: lleva su desesperación hasta dudar, con temor, también de esta Nada y entonces la pide para sí:

Señor del Génesis y el Viento, te lo devuelvo todo:
la arcilla y el soplo que me diste...
Vuélveme al silencio y a la sombra,
al sueño sin retorno, a la Nada infinita...
No me despiertes más.

Dice en el último y desgarrador poema del libro.

El ciervo resulta así una especie de testamento, la confesión final, la palabra última de un hombre que ha buscado y se ha buscado, que se desespera y se queja por lo que ha encontrado y al final se resigna, pero sin olvidarse de consignar su dolor. Libro terriblemente sincero y por esto mismo también terriblemente sobrecogedor. *El ciervo* parte de un sentimiento muy personal, casi confesional, intimista, para trascender este ámbito y transmitir un mensaje común, universal, extraído de la suma de las experiencias de un hombre.

No debe ser otra la función de la poesía.

J. G. P.

BENITO PÉREZ GALDÓS, *Doña Perfecta*. Nuestros Clásicos. Imprenta Universitaria. México, 1958. 236 pp.

La inclusión de un título de Benito Pérez Galdós como sexto número de la colección Nuestros Clásicos, hoy que afortunadamente el nombre de este novelista vuelve a ser colocado junto a el de los más grandes autores que se han acercado a este género, después de un breve lapso de tiempo en el que fue relegado a un innmercido segundo término, parece totalmente acertada.



Como Balzac, como Dickens, Galdós pertenece sin lugar a dudas a la estirpe de los grandes inventores de realidad. Semillante al inagotable caudal de un río, su obra ofrece una imagen total, completa de la España del siglo XIX. Una tras otra las innumerables novelas de Galdós, a las que deben agregárseles los *Episodios Nacionales*, que en cierta forma las continúan y completan, nos sumergen en un mundo abigarrado y compacto, sorprendiéndonos con la fuerza de los personajes, la eficacia de la caracterización, el poder evocativo y descriptivo de la prosa y, sobre todo, la formidable fuerza vital, el inmenso poder creativo que el autor ha desplegado en su elaboración.

Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre con Stendhal o Dostoyewsky, por ejemplo, no basta con leer dos o tres novelas de Galdós para advertir el valor de su obra. Galdós es una totalidad. Adquiere importancia cuando podemos percibir el extraordinario impulso creativo que ésta implica. Es imposible encerrarlo en uno o dos títulos capitales. No es un novelista de situaciones, de conflictos "claves"; ya lo hemos dicho: es un mundo. Como acertadamente resume Max Aub, en el prólogo de esta edición, Galdós no intenta poner en relación al lector con un tipo especial de personajes o de situaciones, se limita a crear. Es un narrador objetivo, al que le basta con lograr que sus caracteres *existan*.

Desde este punto de vista la presente edición de *Doña Perfecta* debe ejercer fundamentalmente la función de una invitación, un punto de arranque, de partida, para sumergirse en la lectura de la obra del novelista.

Creemos que la indudable fuerza de esta narración, en la que el autor ha sabido retratar con admirable justeza no sólo a un grupo de personajes, interesantes en sí mismos, sino a todo un tipo determinado de sistema social, hasta llevar la trama a un final trágico y violento, amargo y terrible, permitirá que esta función se cumpla.

J. G. P.

MILLAR BURROWS, *Los rollos del Mar Muerto*. Sección de Obras de Historia. Fondo de Cultura Económica. México, 1958. 442 pp.

"Dar una idea cabal y definitiva de lo que son los rollos del Mar Muerto, explicar por qué han provocado tanta conmoción, y señalar el grado de su importancia", es la difícil tarea que el autor lleva al cabo en este libro.

Millar Burrows era director de la Escuela Norteamericana de Investigación Oriental en Jerusalén, por los revueltos días en que los rollos fueron vendidos por los beduinos que los habían hallado en una de las cuevas de la desolada región de Qumran, a orillas del Mar Muerto. Y fue en esa institución, hace aproximadamente once años, donde se enfrentó por primera vez a los problemas que plantean los viejos pergaminos escritos en hebreo arcaico.

Burrows trata el tema sin perderse en la erudición árida ni recurrir al sensacionalismo trivial. Fiel a su plan de exponer cuestiones graves en estilo ameno, su trabajo no está dirigido a los especialistas, aunque se basa en las más rigurosas comprobaciones de la arqueología y la paleo-